



**Una mirada crítica de la Revolució Francesa en *Vencer o morir* (Paul Mignot y Vicent Mottez, Francia 2023)**

Por Igor Barrenetxea Marañón  
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Francia, 2023. Título original: *Vaincre ou Mourir*. Productora: Puy Du Fou Films. Dirección: Paul Mignot y Vincent Mottez. Guion: Vincent Mottez. Música: Nathan Stornetta, Martin Batchelar y Samuel Pegg. Fotografía: Alexandre Jamin. Reparto: Hugo Becker, Grégory Fitoussi, Jean-Hugues Anglade Constance Gay, Dorcas Coppin, Rod Paradot, Gilles Cohen, Francis Renaud y Avant Strangel. Duración: 97 min.

Como señalaba el insigne historiador galo Marc Ferro, el mensaje de las películas no son inocentes. Ya sea para entretener o confeccionar un mensaje, portan una intención, lo cual

como espectadores siempre debemos tener en cuenta.

Partiendo de esta premisa hay que analizar esta colaboración de Mignot y Mottez, siendo su primera realización. La historia parte del momento álgido de la Revolución Francesa, el 20 de septiembre de 1792, en el que la Convención proclamaba la República francesa y se enfrentaba a las fuerzas monárquicas del resto de países europeos. Necesitada de soldados aprueba el servicio militar, obligando a los jóvenes franceses a defender la patria amenazada: de aquí surge el nacionalismo.



Sin embargo, el espíritu de la Revolución, tras acabar con la milenaria monarquía, no se ha implantado de la misma forma en todo el país. Amplios sectores de población católicos y realistas recelan de las nuevas autoridades, de su laicismo y su desprecio por la tradición. Y una estas regiones sería La Vandée. Mignot y Mottez abordan, por lo tanto, un capítulo oscuro de los efectos de la

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2024.34.1-2.556-559>

Copyright © 2024 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2024. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

Revolución Francesa, en donde sus principios, igualdad, libertad y fraternidad, se vieron desdibujados ante el temor a que las fuerzas contrarrevolucionarias, tanto internas como externas, pudieran acabar con los derechos recién adquiridos.



La película se adentra en un territorio gris y complejo, en donde en nombre de la libertad se produjeron innumerables crímenes y brutalidades. Y ahí emergería la emblemática figura del capitán de la Marina Real, Françoise-Athanase Charette de La Contrie (Hugo Becker), un pequeño noble que acabaría por convertirse en el líder de los campesinos de La Vandée y pesadilla de los *Blues* (como se les llamaba a los soldados galos, debido al color de sus uniformes).

El filme, en líneas generales, aprovecha bien sus virtudes. Cuenta con una cuidada ambientación histórica, aunque no es una superproducción, recreando algunas sangrientas batallas y la atmósfera de la época. Es conducida estilísticamente con solvencia, a pesar de ciertas rupturas narrativas. *Vencer o morir* radiografía lo que, a todas luces, podría

definirse como una guerra civil en la Francia revolucionaria. No obstante, la realización adolece de ciertos aspectos a tener en cuenta. Ahonda poco en la psicología de los personajes, los amigos y simpatizantes de Charette son una mera presencia, al igual que el papel de las mujeres, su hermana Marie-Anne (Anne Serra), o las amazonas, Céleste (Constance Gay) y Marie-Adélaïde (Dorcas Coppin). Sin olvidarnos de sus cercanos colaboradores como el joven Prudent (Rod Paradot) y el veterano Jean-Batiste (Gilles Cohen), y ciertos campesinos que destacan en su defensa a favor de Dios y el rey.



Al margen de sus aspectos técnicos, el discurso que plantea es trasnochado, con un honorable y caballeroso Charette enfrentado a las onerosas fuerzas de la revolución que pretenden imponer su autoridad a sangre y fuego. Pero Charette consciente, tras una apabullante derrota, de que sus fuerzas no se podían enfrentar a los ejércitos *Blues* a campo abierto, se lanza a una exitosa guerra de guerrillas, que se convertiría en todo un quebradero de cabeza para



las autoridades de la convención. De ahí que se organizaron las llamadas *columnas del infierno*, unidades que en la oscuridad de la noche se encargaban de asolar y aterrorizar a la población civil (provocando más de 40.000 muertos). Desde este punto de vista, el filme logra el claro objetivo de trasladarnos a una época turbulenta y excesiva, pero todo contado desde la óptica realista y la parcial mirada (con una voz *en off* recurrente) del legendario héroe. Humilde, generoso, honorable y, sobre todo, entregado en cuerpo y alma a la causa, la historia se presenta a la inversa, como si los hombres y mujeres de La Vandée fueran las trágicas víctimas de una inhumana y bestial revolución.

La realización se puede ver como un producto interesante que, al igual que *Braveheart* (Mel Gibson,

1995), esconde sus carencias narrativas a través de una visión épica del pasado, con grandilocuentes discursos enaltecedores y un protagonista que se enfrenta a poderes maquiavélicos siempre con gallardía y honesta integridad. Esto se ve claro cuando, reticente, acuerda la paz a cambio de la promesa de entregarle a un niño, el delfín, el futuro Luis XVII, y luego le informan que ha muerto y ve que todo ha sido un engaño. Sólo, en un breve momento, Jean-Batiste aborda un tema interesante, cuando se plantea el sentido de la lucha y tanto sacrificio, estimando que no importa vivir bajo un régimen monárquico o uno republicano, pues todos son franceses. Pero enseguida Charette le convence de que prosiga a su lado porque lo necesita y que ellos representan un espíritu joven... Si bien, más tarde,

cuando el mismo Jean-Batiste decide, hastiado, entregarse a los *Blues*, éstos le reciben de la peor manera posible, y acaban con su vida de forma ominosa a bayonetazos. Todo ello representa bien la crueldad incompasiva revolucionara. Únicamente, uno de los adversarios de Charette, el general Travot (Grégory Fitoussi), desvela una secreta admiración por su heroísmo.



Así, al cierre, en las letras finales, tras acabar con la resistencia armada, los directores dedican su película a los más de 200.000 hombres y mujeres de La Vandée que fueron víctimas de aquel enconado conflicto.

No hay duda de que este trozo de la historia es desgarrador, pero Mignot y Mottez elaboran, como hizo Gibson, un discurso maniqueo y falso. No es una *revisión* crítica del pasado, sino más bien una visión reaccionaria del mismo. Ya que éste no se plantea como una reflexión contra la

intransigencia proceda de donde proceda, sino como un panegírico de aquellos franceses ultraconservadores que no se plegaron a los cambios tan necesarios que se estaban produciendo en Francia y que acabarían afectando a toda Europa.



La cinta es una visión desmitificadora de una revolución que, pese a todos sus defectos, es la base de nuestras democracias, no lo olvidemos.